

LA FE Y LA RAZÓN, COMPLEMENTOS NECESARIOS

El frecuente enfrenamiento entre la razón y la fe constituye un gran peligro para la cultura dominante en el mundo occidental. Comprender la complementariedad entre fe y razón resulta algo necesario y urgente. Juan Pablo II dedicó a este tema la encíclica “Fides et ratio” y Benedicto XVI lo afrontó en el célebre, y polémico, discurso de la Universidad de Ratisbona. En ambos documentos encontraremos luz suficiente.

Este desencuentro se ha fomentado por la imprudencia de ambas partes.

Cuando se abusa de la fe hasta sofocar y descalificar el uso de la razón, es comprensible que ésta tome la revancha incordiando y desacreditando la religión. Este planteamiento, que subyace en la historia y en la génesis del racionalismo moderno, resulta de una ingenuidad terrible. Además es injusto.

Por otra parte, el desarrollo moderno de las ciencias, que, hemos de reconocer, trae consigo innumerables efectos positivos, al mismo tiempo, sin embargo, tiene la tendencia a considerar verdadero sólo lo que se puede experimentar. Esto constituye un límite para la razón humana y produce una terrible pobreza para el ser humano. La primera «idolatría» que tienta al hombre es la del pensamiento seguro de sí mismo: tomar nuestro pensamiento como medida de lo divino, pretender comprenderlo todo... ¡convertir al hombre en Dios!

Benedicto XVI nos indica que es urgente redescubrir de una manera nueva la racionalidad humana abierta a la luz del «Logos» divino y a su perfecta revelación que es Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre. Cuando la fe es auténtica no mortifica ni a la libertad ni a la razón humana. ¿Por qué la fe y la razón deben tenerse miedo si provienen del mismo manantial? Al encontrarse y dialogar pueden servir mejor al ser humano. Juan Pablo II dijo que la fe y la razón eran las dos alas que necesita el hombre. Los Padres de la Iglesia y los escolásticos medievales tenían el convencimiento fundado de que la fe precede a la razón; por ello no se puede deducir racionalmente. Pero no por eso la fe es irracional; es incluso sumamente racional, porque busca y quiere conocer, e incluso es ella la que hace posible el conocimiento humano.

La fe y la razón deben encontrarse y dialogar. Se necesitan mutuamente. La fe supone la razón y la perfecciona. La razón, iluminada por la fe, encuentra la fuerza para elevarse al conocimiento de Dios y las realidades espirituales. La razón humana no pierde nada al abrirse a los contenidos de fe, al contrario, gana en sabiduría. Con una sabiduría extraordinaria, santo Tomás de Aquino logró instaurar una confrontación fecunda con el pensamiento árabe y judío de su tiempo, de manera que es considerado como un maestro siempre actual de diálogo con las demás culturas y religiones. Supo presentar esa admirable síntesis cristiana entre razón y fe que para la civilización occidental representa un patrimonio precioso. Hoy se puede recurrir a esa síntesis para dialogar eficazmente con las grandes tradiciones culturales y religiosas del este y del sur del mundo. Por aquí ha de pasar toda posible alianza de civilizaciones.

Entre los fanáticos de la fe o de la razón se sitúa el hombre racional y creyente. Entre ambas cegueras está el hombre crítico. La fe hace posible, y aumenta, el ejercicio de la razón, y ésta posibilita una fe auténtica y responsable. Pues lo razonable es que la razón reconozca sus límites y que la fe reconozca y estimule el uso de la razón. Razón y fe son dos dimensiones, dos posibilidades genuinamente humanas que se complementan.

El concilio Vaticano I llegó a decir: “A pesar de que la fe esté por encima de la razón, jamás puede haber desacuerdo entre ellas. Puesto que el mismo Dios que revela los misterios y comunica la fe ha hecho descender en el espíritu humano la luz de la razón”.